

cha, y se horrorizó de aquella tempestad revolucionaria, á cuyo crecimiento y desarrollo tal vez con su bondad habia contribuido.

La revolucion exasperada salvó entonces los límites de lo justo, rompió todo freno, se manchó con el asesinato de Rossi y ocasionó la fuga de Pio IX.

La reaccion entretanto habia logrado triunfar en muchos países, y rota en Novara la espada de Italia, y en Nápoles ahogado en sangre el espíritu de la revolucion, sólo quedaron en pié las repúblicas de Roma, Toscana y Venecia, de las cuales, las dos últimas cedieron al fin al poder austriaco, y la primera se derrocó al empuje de las bayonetas extranjeras, concitadas en todo el orbe católico por el mismo que Italia soñó un dia como libertador. Pio IX, sin embargo, no puede ser tachado de falta de amor á la patria. Un amor más alto, una más santa caridad, un imperioso deber de conciencia le movieron sin duda á llamar en su auxilio á los franceses, á los españoles y á aquellos mismos austriacos, aborrecidos dominadores de su patria.

Así acabaron de disiparse los generosos ensueños Gioberti y así se comprendió que era una ilusion irrealizable la de libertar á Italia con la liga de los príncipes, más que italianos, austriacos.

El partido neo-güelfo acabó ó fué tenido por absurdo: el Papa ántes que italiano, por católico; ántes que príncipe, por jefe visible de la Iglesia. El mismo Alejandro III, que se presentaba ántes como modelo de Pio IX, se comprendió al fin que no habia peleado

por Italia, sino por la Iglesia contra Federico Barbaroja, y que, reconocido por este emperador como Papa, se separó de la liga y acaso contribuyó á hacer inútiles aquellas hazañas heroicas que en pró de la independencia obraron las ciudades de Lombardia.

Apenas quedaron, por lo tanto, otras *esperanzas* que las de los demócratas en un nuevo y mas vivo incendio revolucionario del mundo, y las que dá César Balbo en su libro de este título, aunque más propiamente pudiera llamarse *de los desengaños*. Italia, segun César Balbo, no podia ser libre sino cuando feneciese el imperio de los turcos y fueran repartidos sus despojos entre las naciones prepotentes, las cuales darian á Italia libertad é independencia, y al Austria compensacion con la parte más pingüe de los desmembrados dominios osmanlíes.

Por fortuna ó por desgracia, que esto aún está por ver, no se contentaron los políticos de Turin con las *esperanzas* de César Balbo, y cifrando las suyas en el esfuerzo y fortuna de la dinastía sabauda, se fueron reponiendo de las pérdidas, espjaron otra ocasion más favorable, y adoctrinados y escarmentados por la experiencia, buscaron alianzas poderosas y se aperci-bieron á nuevos combates, sin contar ya con el Padre Santo, ni con ninguno de los otros príncipes de su misma nacion,

## II.

Rápidamente, ya que no permiten mayor extension



las di mensionen de este periódico, hemos tratado de explicar las causas principales del descrédito en que cayó en Italia el partido neo-güelfo ó de Gioberti. En vano este filósofo entusiasta se habia esforzado por dar nueva vida á la preponderancia política del pontificado, no sólo en Italia, sino en el mundo; en vano revivia la memoria de Gregorio el Grande, constituyendo la confederacion itálica, de Gregorio II, declarándose presidente y jefe de las ciudades que sacudian el yugo de los longobardos y de los griegos, de Gregorio VII, que humilló á los emperadores de Alemania, y de Alejandro III, que dirigió, consagró y bendijo aquella liga, vencedora de siete poderosos ejércitos germánicos. En vano se recordaban la energía, el valor, el patriotismo y las virtudes guerreras de otras épocas de ménos gloria para Italia, aunque para el pontificado igualmente gloriosas; y en vano se traian á la memoria las hazañas de Julio II y hasta las bizarrias de Clemente VII y de Pablo IV, amenazando el uno á Carlos V con la guerra para defender *la libertad de Italia en la cual, decia, consiste el honor y la seguridad de la Santa Sede*, y proclamándose el otro con marcada intencion política *in excelso militantis ecclesie throno super gentes et regna constitutus*, bizarrias ambas á que dieron lastimosa y airada respuesta Borbon y el duque de Alba. En vano se procuraba dar un colorido liberal y patriótico á la resistencia pasiva, pero noble, de Pio VII contra el tirano de Europa. En vano, por último, no considerando que eran otros los tiempos, animó una inmensa esperanza, con el advenimiento

de Pio IX, á todos los corazones italianos. Pio IX se vió obligado á disiparla; Pio IX tuvo que decir á los diputados que le pedian la guerra contra el extranjero; *pensad en que Roma no es ya grande por su poder temporal, sino por ser el asiento de la Iglesia católica.*

Estas palabras fueron la abdicacion terminante de la preponderancia política del Papa: abdicacion que no hizo Gregorio VII desde su destierro de Salerno, ni cuando Roberto Guiscard saqueaba á Roma; abdicacion que no hizo Clemente VII, prisionero de Carlos V; abdicacion que no hizo Pio VII cuando tan indignamente fué arrancado de su trono y llevado lejos de su patria, sin que hubiese un italiano que saliese á su defensa: pero abdicacion ya necesaria en nuestros dias, en los cuales las naciones adultas, si en las cosas de la fé pueden y deben seguir sometidas al jefe de la Iglesia, rechazan á veces su dominacion temporal y aun muchas se asombran de verle contender por ella con todo ahinco y sin perdonar medio alguno.

Esta abdicacion, por otra parte, era en extremo conveniente para desvanecer los ensueños ambiciosos de los italianos. Roma, ni con un tribuno como Arnaldo da Brescia ó Rienzo, celebrado por Petrarca, ni con un buen emperador, como Dante queria, ni con el Papa-príncipe, como habia pretendido Gioberti, era ya la Roma que inspiró este verso á Virgilio:

*Tu regere imperio populos, romana memento.*

Roma no era ya grande sino por ser *el asiento de la Iglesia católica*, y por sus recuerdos y sus ruinas.



Para acometer, pues, la grande empresa, no ya de reconquistar el mundo, sino de unir y libertar á Italia, eran menester otro pueblo y otro príncipe que los de Roma.

El mismo Gioberti, aunque infatuado con la política preponderancia romana, hubo de reconocerlo hasta cierto punto, designando al príncipe sabauo como jefe de la *accion*, y dejando el *pensamiento* al Papa. «Vos, le dice á Carlos Alberto, estais armado y puesto sobre el límite de la Península para rechazar con una mano á los extranjeros, y para convidar con la otra y llamar á vos á los príncipes y á los pueblos. Y damos por cierto, que en tal caso, vuestra virtud haria por nuestra patria lo que, un siglo há, hizo por la suya Federico de Prusia, cuando con un pequeño ejército se defendió contra toda Europa; y que renovaria los milagros de heróica constancia con que un antepasado vuestro salvó la capital y el reino, cuando más enemiga se mostraba la suerte. Por lo cual, valeroso príncipe, espera Italia que nazca de vuestra estirpe su redentor: y se atreve á dirigiros las siguientes palabras, que un italiano libre (Machiavelli), dirigia hace tres siglos á un su eminente compatriota: *Ponga mano vuestra itustre casa en este negocio, con aquel ánimo y con aquella esperanza con que se acometen las empresas justas, á fin de que bajo vuestra bandera sea nuestra patria ennoblecida, y bajo vuestros auspicios se verifique lo que dijo Petrarca:*

*Virtù contra il furore,  
Prendera l'arme è fia il combatter corto,  
Che l'antico valere  
Negl'italici cor non é ancor morto.»*

Y no fué solo Gioberti; los liberales todos de Italia, salvo algunos exagerados demócratas, reconocieron en el Piamonte lo que ahora se llama la *hegemonía*, esto es, la faerza, la mision, el derecho del predominio. El Piamonte era la Macedonia de aquella nueva Grecia; Carlos Alberto debia imitar á Filipo: acaso hubo italianos apasionados y fervorosos que imaginaban ya ver en su hijo á un Alejandro. En su na, no hubo medio que no se emplease para excitar la ambicion de la casa de Saboya. Hasta se acuñó una medalla con un leon que apretaba entre sus garras al águila austriaca, y con la efigie de Carlos Alberto, que llevaba esta leyenda: *guardo mi estrella*. El mismo Radetzki aguijoneaba á aquel príncipe á combatir contra él, apellidándole, en son de burla y de desprecio, *futuro rey de Italia*.

No negamos que la casa de Saboya ha sido siempre ambiciosa; pero muy á menudo ha justificado su ambicion con grandes hechos. Nosotros, españoles, no podemos olvidarlo, sin olvidar la victoria de San Quintin. Nosotros no decimos como el famoso Spínola, «que no se comprende por qué ceguedad España y Francia, en vez de empeñarse en continuas guerras por el Duque de Saboya, no se pusieron nunca de acuerdo para dividirse sus Estados, y acabar con



una potencia pequeña y egoísta, que no reconocía otro derecho que el de la fuerza, no se creía ligada por ningún tratado, y estaba siempre pronta á poner fuego á Italia á la menor esperanza de engrandecimiento (1).

Indudablemente, la casa de Saboya ha pensado siempre en engrandecerse, y en esto se asemeja á otras muchas casas, á todas las casas soberanas: pero en nuestra época, creemos que su ambición, en un principio al ménos, ha sido sobradamente motivada y justificada. Los actos que de esta ambición debían seguirse, fueron, hasta para los italianos más prudentes, hijos de la necesidad, y más que prematuros, tardíos. Los príncipes todos de Italia habían dado ya libertades á sus pueblos, los austriacos habían ya ocupado á Ferrara, violando los tratados, y trayendo sobre sí la protesta del Papa, y el príncipe de Metternich había escrito ya su insolentísima carta al gran Duque de Toscana, llamando *absurdas* las reformas, oponiéndose á que se hicieran, y mezclándose en los negocios interiores de un modo denigrante y atentatorio á la independencia de todos los Estados de Italia: el Papa era liberal; el Gran Duque de Toscana era liberal, y ambos estaban ya desavenidos con el Austria, y el rey de Nápoles aparentaba ya por fuerza ser liberal, aunque no lo fuese; cuando Carlos Alberto tuvo que decir, que estaba pronto á refrenar la *insolencia del extran-*

(1) Victor Cousin. La jeunesse de Mazarin.—Palabras citadas con aplauso por *La civiltà cattolica*, entre cuyas virtudes no resplandece el patriotismo.

jero, y tuvo que dar á su pueblo las reformas de que gozaban ya los otros. Más que adelantarse, quiso el rey de Cerdeña aparecer en esto reacio; más que tomar la iniciativa, quiso aparecer como movido por extraño impulso y por la imprescindible necesidad. Su amigo querido César Balbo, á quien, á pesar de su prudente liberalismo y de sus pacíficas *esperanzas*, había tenido el rey lejos de sí por demasiado liberal, pudo exclamar entonces, lleno de alegría: *por último..... veintisiete años hacla que estaba esperando en Carlos Alberto* (1). Pero Carlos Alberto, si correspondió á esta esperanza fué, como hemos dicho, después que la necesidad parecía que le impulsaba á ello, y después que los milaneses, habiendo logrado, en cinco días de un batallar heroico, arrojar de Milan á los austriacos, le llamaron en su auxilio.

Conocidos son del mundo todo el progreso y término infelicísimo de las dos campañas que hizo Carlos Alberto por la libertad de su patria. Los celos y rencillas de los otros príncipes, más que los excesos re-

(1) Sabido es que el mismo César Balbo no quería la guerra, sino las reformas liberales, la liga pacífica entre los príncipes italianos y la futura independencia de los Estados sujetos al Austria, también por medios pacíficos, como ya hemos dicho; Gioberti no era más belicoso, lo cual les valió, á él y á Balbo, el siguiente epigrama:

Italia mia, non é, s'io scorgo il vero,  
Di chi t'offende il difensor men fero.  
Grida il Gioberti, ehe tu se' una rapa  
Se tutta non ti dai in braccio al Papa:  
E il Balbo grida: dai tedeschi lurchi  
Liberal non ti possono che i turchi.



volucionarios, contribuyeron á que todo se perdiera. El rey abdicó y murió de dolor en tierra extraña: la integridad del Piamonte se debió á la intercesion de Francia y de Inglaterra, y la paz se compró por la enorme suma de 70 millones de francos. Con tan tristes auspicios se ciñó Victor Manuel la corona, Victor Manuel sofocó, sin embargo, pronta y enérgicamente la sublevacion de Génova, é hizo reinar el órden en sus Estados sin destruir la libertad, como hicieron otros príncipes prevaliéndose de los desmanes revolucionarios para faltar á sus juramentos.

Mientras que el rey de Nápoles encarcelaba ó declaraba traidores y viles al ministro Bozzelli, que habia redactado la Constitucion, y á cuantos se habian mostrado liberales y patriotas, en el Piamonte se levantaba una magnífica estatua á César Balbo, el cual siguió muy de cerca á mejor vida á su desgraciado amigo y señor; al que él mismo habia llamado *sommo martire dell'indipendenza, somma vittima dell'invidie italiane* (2).

---

Cuando Balbo quiso y hasta hizo la guerra, fué porque ya no habia otro remedio: ni él ni su señor la promovieron. Tampoco contribuyó el Piamonte entónces á que saliesen de sus Estados el Papa y el Gran Duque de Toscana. Nadie ignora, por el contrario, con qué afan Gioberti, siendo ministro, trató de que ambos soberanos fuesen restablecidos por las armas piamontesas, así por amor al Padre Santo, así por evitar que fuese, como fué, violentísima la reaccion, como por no ver, como vió, hollado por soldados de varias naciones extranjeras el corazon de Italia.

(2) Véase *La liberté en Italie* de Gaillard. Balbo era de

Victor Manuel, á pesar de tantos desengaños, ni renegó de la libertad, ni desesperó de la salud de la patria, y mientras que los otros príncipes doblaban la cerviz al yugo austriaco, y eran dóciles instrumentos de la política de los extranjeros opresores, cifrando en ellos la seguridad y duracion de la propia tiranía, él hizo que en su reino prosperasen las libertades constitucionales, y se preparó á nueva lucha de más seguro éxito.

Un eminente hombre de Estado, el Conde de Cavour, le secundaba en esta empresa. Al propio tiempo que el país se reorganizaba, ganaba nombre y crédito entre los extraños. La bandera constitucional del Piamonte, con los tres colores italianos, volvía á ondear gloriosa en el sangriento campo de Tchernaiá. El Conde de Cavour tomaba despues asiento en un congreso europeo. El Piamonte, aquel pequeño Estado, se colocaba en medio de las grandes potencias de Europa, y hacia oír su voz y abogaba por la causa italiana. Por un augusto enlace estrechaba, por último, su alianza con el Emperador de los franceses, y

---

familia nobilísima. Cincuenta de esta familia combatieron en Legnano. El, con sus cinco hijos, combatió en Pastrengo. Uno de sus hijos ha servido en Crimea de soldado raso.—La estatua de Balbo se hizo por suscripción, como aquí la de Mendizabal, y ora sea porque aquel italiano valla más que nuestro español, ora por que *l'invidie italiane*, de que él se quejaba, no son tan eficaces como las nuestras, lo cierto es que nadie se opuso allí á que la estatua se erigiera, y que los diputados piamonteses, aunque Balbo cuando murió era de la minoría, le votaron por unanimidad exequias nacionales.



tal vez, desde luego, le arrancaba la promesa de prestarle su auxilio contra el dominador de Lombardía.

La ocasion no podia ser más á propósito para que esta promesa se cumpliese. Austria, á la verdad, gozaba de paz interior y contaba con un ejército numeroso y disciplinado, pero se habia enajenado las simpatías de todas las potencias. No podia esperar socorro, ni de Rusia, hácia cuyo gobierno habia mostrado la más negra ingratitud, hasta el extremo de maravillar al mundo, cumpliendo la profecía del príncipe de Swartzenberg; ni de la Gran-Bretaña, donde el gobierno la miraba con despego por su conducta en la guerra de Oriente, y en las inmediatas negociaciones diplomáticas, y donde el pueblo, tan amante de la libertad aún en los otros países, cuando esta libertad no se opone á su propia dominacion y al interés de su comercio, la aborrecia por sus excesos en la reaccion, habiéndolo mostrado harto violentamente, y faltando á las leyes de la hospitalidad, con un famoso general austriaco, á quien se acusaba de verdugo azotador de mujeres: ni tal vez, por último, de los otros Estados alemanes, donde, á pesar del lazo federal, Prusia, conteniendo por la *hegemonía*, é influyente si no predominante, ya que no desease, era de presumir que viera con íntimo deleite la humillacion de su rival.

El Emperador de Francia hubo de comprender entónces que, sin el más mínimo recelo de coalicion y con no poca probabilidad, cuando no certidumbre, de materiales provechos, podia desenvainar la espada, hartar de gloria á su pueblo, siempre sediento de

gloria, rodear y proteger la cuna de su hijo con nuevos laureles, ganarse la voluntad de los liberales, favoreciendo una causa tan de ellos, y salir, aunque tarde, por primera vez á campaña para igualar ó superar las de su tío. Este plan, sin embargo, se hubiera frustrado ó dilatado en su cumplimiento por la proposicion de Rusia de someter al exámen de un congreso la situacion de Italia, si el famoso *ultimatum* de 19 de abril de 1859 no hubiera hecho que se realizara.

Austria, despues de aceptar la proposicion de Rusia, provocó la guerra. Tal vez la movió á ello el mal estado de su hacienda, empeñada, como otras muchas de varias potencias de Europa, en sostener un ejército superior á los recursos de la nacion, lo cual puede hacer preferible á la paz *armada* una guerra, que dé motivo ó pretexto para vivir sobre el país conquistado ó para imponer contribuciones extraordinarias, cargando la mano á las provincias rebeldes (1), ó que traiga por resultado una paz más segura y ménos costosa. Tal vez, el emperador Francisco José quiso, como mozo, hacer alarde de sus bríos, y viéndose con tantos soldados, sintió una irresistible curiosidad de ponerlos á prueba. Tal vez, y esto parece lo más cierto, se originó el *ultimatum* de

(1) Para saber las inmensas y extraordinarias contribuciones impuestas por el gobierno austriaco á Lombardía y Venecia, así en 1848 y 49 como despues, véanse las *cartas á lord Derby*, publicadas por Dentu. Por contribucion de guerra pagaron los italianos, sometidos al Austria, en 1848 y 49 solamente, 88 millones de francos. Sólo la propiedad territorial, ha pagado allí en diez años 4,125.77000 francos.



errados cálculos diplomáticos del Conde de Buol, el cual vió las cosas de muy diferente manera que Napoleón III. Mientras éste entrañaba en el pensamiento de las naciones europeas, el conde de Buol se atenia á las palabras de sus gobiernos y confiaba en ellas, interpretándolas favorablemente. Lord Derby habia puesto en boca de la reina Victoria, al abrir, aquel mismo año, el parlamento, que *mantener la fe de los tratados era el objeto de su constante solicitud*, y el gabinete prusiano habia hecho las más reiteradas protestas de amistad al de Viena, asegurándole que estaba decidido á sostener el *statu quo* territorial de Italia. Esto bastó, sin duda, para que el Conde de Buol imaginase que la Confederacion germánica, y quizás Inglaterra, iban á ponerse de su lado; que Europa toda iba inmediatamente á vedar que la paz se rompiese, y que Francia no osaría hacer la guerra contra la voluntad de toda Europa. Así, pues, con el propósito de dar al Austria una posicion más digna y motivo de exigir más en un congreso, se redactó probablemente el *ultimatum*; pero ni la Confederacion germánica se agrupó bajo la bandera del Austria, ni la Inglaterra salió á la defensa de los tratados, dejándola encomendada á la vocinglería de los periódicos absolutistas, y el Austria, en cumplimiento de su amenaza, tuvo que invadir el Piamonte. Napoleón III acudió entónces á la defensa de su aliado con poderosísimo ejército, y se reñovaron en Italia la revolucion y la guerra.

No es dado asegurar hasta qué punto deseaba Na-

poleón III la revolucion en Italia; pero sí, que la deseaba. Al verle ir en apoyo de Victor Manuel, nadie podia dudar de su deseo. La gente de Módena, Parma y Toscana, distraida la atencion de los austriacos á un asunto más perentorio y urgente, habia de sacudir el yugo de los príncipes que en el de los austriacos se apoyaba. Esto era inevitable. El Emperador de los franceses debia preverlo. El Emperador debia prever asimismo, porque harto conocidos le eran el carácter y los antecedentes de los príncipes italianos, que los que cayesen del trono y abandonasen su tierra, habian de buscar un asilo en el campamento austriaco; que el de Nápoles y el de Roma habian de ver con ceño aquella empresa; y que el del Piamonte habia de hacer la más eficaz propaganda para unir á sus Estados los de los otros. Porque mientras estos soberanos se mostrasen, más ó ménos descubiertamente, enemigos acérrimos de la patria comun, Victor Manuel habia de combatir denodadamente por ella, compitiendo él y su ejército con los soldados de su poderoso valedor, los cuales se creen, no sin disculpa para tanta jactancia, los primeros del mundo, y haciendo forzosamente del reino de Cerdeña el núcleo y el nervio de la nacionalidad italiana. Por eso puede decir Máximo d'Azeglio (1), aunque con sobrada pasion y dureza para los caidos, no sin cierto asomo de fundamento que « el Piamonte ha hecho la más invencible de todas las propagandas, la del valor, la de la libertad unida

(1) La politique et le droit chrétien au point de vue de la question italienne.



al orden, la de la reforma de las leyes, la del honor militar, la del entusiasmo patriótico. Su rey hacía la propaganda en medio de las balas y de la metralla, mientras que los príncipes destronados, después de haber huido, no de las violencias, sino del desprecio de sus súbditos, se habían pasado al enemigo. Estos príncipes, por su parte, hacían también la propaganda, y cada una de las dos propagandas ha dado su fruto (1).

No seré yo quien sienta que para que este fruto madurase, acaso antes de sazón, no empleó el Conde de Cavour artes ménos heroicas é inocentes que las de su Monarca: pero en el movimiento que siguió á la entrada del ejército francés en Italia y á sus primeras victorias, había algo de irresistible y fatal, á que tenía que ceder Cavour mismo. Su responsabilidad es menor desde entonces, porque vá como arrastrado á pesar suyo.

En nada se nota más esta distincion que hacemos

(1) En esta dura y cruel invectiva contra los príncipes destronados, no debe comprender Azeglio al Duque de Parma Roberto, niño aún, bajo la tutela de su madre, que no podía tomar más varonil resolución en tan lamentables circunstancias. Es muy triste que haya sido depuesto de aquel ducado un niño inocente, pero también se ha de atender á que el tal ducado, desde 1731, en que se extinguió la dinastía de Farnesio, ha pasado por más manos, y éstas extranjeras, ha sido vendido, cedido, y cambiado más veces que cualquier predio rústico ó urbano, que cualquiera ingenio de azúcar con sus correspondientes negros; por lo cual no es extraño que una vez, al cabo de tantas, tengan voto los parmesanos en la cesion de sí mismos.

de la responsabilidad de la conducta de Cavour, ántes ó después de la guerra, que en la anexion de la Saboya á Francia. Si Francia, como aparece, exigió la Saboya, después de la guerra, no hay pretexto que la disculpe de esta exigencia interesada y opuesta á lo ofrecido, y que deslustra un poco los laureles ganados sobre el Austria, más por miras de ambicion, que por el triunfo de una grande idea, idea que, á pesar de lo prometido, no triunfó tampoco por completo al firmarse la paz de Villafranca: Cavour, sin embargo, queda disculpado, porque cede á una necesidad imperiosa y se humilla ante la ley del agradecimiento. Si Francia exigió la Saboya ántes de la guerra, toda la responsabilidad es de Cavour, y responsabilidad inmensa, ya que por esta cesion, no pocos escritores, si bien parciales, como los de la *Revista de Edimburgo*, acusan al rey de Cerdeña de haber manchado ú roto el escudo de sus armas, de haber renegado de su prosapia y de haber vendido su gloriosa cuna. Por dicha, el rey de Cerdeña halla en este, como en otros puntos, más defensores que contrarios, los cuales defensores, sin desconocer lo doloroso del sacrificio, le dan por bien hecho en tan alta ocasion como la de vengar á un padre, y realizar el pensamiento á que un padre consagró la vida. La nacion italiana tampoco debe vituperar, sino compadecer por esto á Victor Manuel. Claro es que la nacion española condenaría á cualquiera que pensase en proponer la cesion de una provincia á Francia, aunque fuera á trueque de Gibraltar, de Portugal y de sus colonias: pero la nacion



española tiene vida propia y grande, y puede esperar de sí misma cualquier aumento, en cuyo caso no se hallaba Italia, que ni vida propia tenía sino para llorar esclava.

Al quebrantar, no al romper, sus cadenas, Napoleón III empezó á demoler un edificio que se mantenía firme, y en cuyo centro, si aborrecido de muchos, se vivía con cierta seguridad, aunque lúgubre como la seguridad de una cárcel. No es, pues, de admirar que vacile ahora el resto del edificio, ni que haya quien quiera derribarle del todo para levantar otro nuevo sobre sus ruinas.

Esta obra de demolición y de reconstrucción en que Italia se halla empeñada ha hecho nacer cuestiones importantísimas. No vamos nosotros á buscarles una solución; pero si trataremos de explicarlas en el artículo siguiente, que será el último de este breve trabajo. Sólo repiteremos ahora que, sin negar la ambición del Piamonte, dentro de ciertos límites y hasta cierto punto la disculpamos. Ambición que se enlaza con los nobilísimos é inmortales sentimientos del amor á la libertad y del patriotismo, ambición que va acompañada del valor guerrero y político bastante á luchar por estos sentimientos con persistencia y energía, es innegable que adquiere una legitimidad más eficaz á veces y más valedera que otras de que mucho se habla y á que se apela frecuentemente. Esta legitimidad la concede á veces el recto juicio, que suele ser revolucionario á despecho de los tratados. A fin de que el Piamonte no la pierda, conviene, con todo, que rijá y gobierne su

ambición con el freno de la prudencia, sin dejarla correr desatentada tras de nuevas conquistas y sin adoptar por divisa aquellas palabras de un personaje de Eurípides, palabras que César tenía siempre en los labios: *bueno es ser justo; más para reinar es permitida la violación de la justicia*

### III.

Los portentosos adelantos de la industria, las grandes riquezas por ella creadas, el aumento de población consiguiente, la facilidad y prontitud de comunicaciones y la centralización y buen orden administrativos, conspirando tal vez á que en un porvenir cercano se realicen los ensueños de paz universal, dan por lo pronto á los modernos Estados de Europa un poder desmedido y á las guerras una violencia y unas proporciones horribles. Los medios de destrucción, hoy más eficaces que nunca, no sólo contribuyen á ello, sino que acaso no consienten que la ciencia militar, propiamente dicha, esto es, la estrategia, dé, como en otras edades, tan clara muestra de sí: porque si bien la artillería y los movimientos en grandes masas son de importancia suma, suelen á menudo decidir la contienda, siendo para algunos lo único que la decide, el mayor valor personal, el empuje y la destreza de los soldados, los cuales, igualándose en la excelencia y perfección de las armas, en la severidad